

*El huevo del avestruz*

Traducción de Salvador Peña

Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1997



EN EL BOLETÍN número 2 se presentaba, en el apartado de reseñas, la colección Memorias del mundo árabe, con la intención, -en palabras del propio director, G. F. Parrilla- de “acercar al lector europeo la vida cotidiana de los habitantes del Mediterráneo”. La cuarta entrega de esta colección, *El huevo del avestruz*, responde contundentemente a la intención expresada por G. F. Parrilla, incluso la supera en diversos aspectos. No sólo aproxima al lector al vivir cotidiano islámico sino que da una visión crítica del mismo. Raúf M. Basta, autor de esta autobiografía, cuenta algo más que retazos de su vida: “Viajar y descubrir el mundo. Escribir y tener aventuras”, afirmación que realiza el protagonista y resume la vida de un hombre que busca la libertad total en un mundo anclado en la ortodoxia y el fundamentalismo islámico, rozando la mayoría de las veces la intolerancia.

De origen egipcio y de religión copta, hijo de un pastor protestante y periodista por vocación, Raúf es autor de obras teatrales, narraciones y reportajes. *El huevo del avestruz* constituye su más árdua empresa, siendo necesarios más de diez años para su elaboración. Autobiografía nada convencional, ya que no existe un orden cronológico en la explicación de la biografía del autor, y además aparecen cosas ajenas a lo que, en rigor suele clasificarse dentro del género autobiográfico: crónicas, reportajes y recuerdos mezclados sin un orden cronológico lineal. En ocasiones no se distingue la menor estructura preconcebida y la forma que utiliza el autor para contar sus experiencias vitales es más propia de un narrador de cuentos que del que escribe su propia vida.

El libro empieza con dos relatos diferentes, *Primera historia* y *Primer intento*, fruto de sendos recuerdos de infancia del autor. Estas dos primeras historias, que aparecen como desligadas de la materia narrativa de los posteriores capítulos tienen un contenido simbólico y significativo, dado que se introducen los dos conceptos a partir de los cuales el autor hilvanará su biografía. Éstos son: la persecución a la que será sometido y la intolerancia religiosa de la que será un testigo inmediato. Del mismo modo, el título de la autobiografía queda envuelto por el simbolismo presente en los capítulos

preliminares; el avestruz es el símbolo de la permanencia de la iglesia durante siglos de persecuciones y cuando el peligro acecha a los avestruces éstos "esconden sus huevos y echan a correr para atraer sobre sí la mirada de los cazadores, sacrificando así su vida para que se salven los huevos". De esta forma, la esencia religiosa —tan importante en los países por los que el autor transita— siempre permanecerá.

La primera noticia biográfica, se entiende cuando el yo aparece como protagonista del relato, se manifiesta en el tercer capítulo, en el que el autor cuenta ya con 13 años. A partir de este capítulo, *Primer descubrimiento*, hasta el último, al que Raúf llega con 55/56 años, lo que más llama la atención es la forma del autor de desvelar su vida más íntima. El sexo y las relaciones sentimentales tan constantes desde el primer al último capítulo funcionan aquí como el *leit motiv* principal de la obra. Estas experiencias serán contadas con la sensualidad propia de un autor de cuentos eróticos, y muchas de ellas asombran al lector por la habilidad en las descripciones. La sensualidad y voluptuosidad del lenguaje utilizado por el autor y el método que utiliza para describir sus experiencias erótico-sexuales puede escandalizar a más de un lector por el tono fabulador de muchas de estas aventuras. Raúf domina la técnica y apunta toda clase de detalles por inverosímiles que puedan parecer. No se trata de contar lo que fue ni lo que pasó desde la objetividad del relato, sino que a partir de su "visión crítica" el autor subjetiviza toda la experiencia vivida.

No existe ninguna clase de prejuicio moral que condicione a Raúf a explicar con todo detalle sus relaciones sexuales,

Rina se sienta en el taburete de madera con el cubo de agua al lado, a falta de ducha, y yo me quedo de pie, desnudo, delante de ella. Debo tener diez u once años. Todavía no me he desarrollado, pero estoy a punto. Ella me frota el cuerpo con la lifa y el jabón, sin muchas palabras, salvo alguna observación sobre mis cicatrices, resultado de mis rudos juegos. Se le moja el vestido cuando me echa agua por encima, y me regaña. {...} Tira de mí para frotarme la espalda y, cuando mi cintura se hunde en su pecho mojado, la siento jadear, resollar. {...} Cuando acaba de bañarme dice: -Hay que ver, me he puesto perdida de agua... Se desnuda y comien-

za a secarse el cuerpo. Me pide que le seque la espalda con la toalla.

ni pudor alguno a la hora de confesar algunas de sus intimidades:

Después del sexo yo iba (siguiendo tradiciones orientales ancestrales, tanto cristianas como islámicas) inmediatamente a lavarme (de la inmundicia del acto) y después sentía el mismo vacío que se me producía desde que descubrí la masturbación y comencé a practicarla.

La contradicción, como más adelante se comprobará, es uno de los aspectos que más sorprende al lector de *El huevo del avestruz*; resulta paradójico que Raúf se lave por la inmundicia del acto y a la vez exprese su gran afición a éste.

El erotismo tan explícito en *El huevo del avestruz* podría enlazar con la tradición de las *Mil y una noches* y los cuentistas árabes, tradición que los responsables de la ortodoxia intentaron e intentan aniquilar. Es significativo que el autor advierta en el prólogo de la peligrosidad que su autobiografía puede acarrear. Raúf es consciente de lo que ha escrito y comparte con sus amistades más directas "el pecado de que este libro vea la luz", aunque las exculpa de toda responsabilidad penal.

Sus relaciones sexuales podrían quedar justificadas por el contexto vital y la educación que recibe Raúf. En su infancia conoce el cuerpo desnudo de la mujer, duerme con las niñeras a los diez o doce años, su padre lo deja al cuidado de las misioneras mientras él se queda a solas con Miss Mabel, que es la responsable de las misioneras... Con todo hay también otra razón de peso en la personalidad del autor copto: la rebeldía con los usos dominantes y el amor a la vida y a los goces intelectuales y físicos; todo eso impide que el autor quede atado a unas raíces ciegas y emocionales. Raúf no duda en hablar mal de la patria, de "su patria". Como consecuencia rompe con el tabú de los que convierten su lugar de residencia en un "sancta sanctorum". También hay que anotar el contexto por el que se mueve el autobiografiado, pues sin éste sería imposible entender el sentido de muchas de las aventuras sexuales. Por ejemplo, en su estancia en Varsovia Raúf afirma: "En la ciudad me ligo a jóvenes de caras pálidas que hierven de deseo,

fáciles de conseguir. {...} Tontas y encantadoras...”, y una de las razones por la que el autor decide alargar su estancia en esta ciudad polonesa es el increíble número de mujeres que puede conseguir antes incluso de balbucear el idioma.

Por todos los lugares que circula la biografía de Raúf la figura de la mujer tiene un peso muy notable. Algunas veces la figura femenina es tratada con cierta crueldad por parte del autor, como cuando utiliza el chantaje para conseguir favores sexuales o cuando se jacta de sus conquistas amorosas, pero también hay ocasiones para la delicadeza y la comprensión, por ejemplo cuando respeta la virginidad de algunas de las mujeres a las que conoce.

El contenido del libro gira en torno a dos ejes: el primero como se acaba de ver, lo conforman las relaciones del protagonista con las distintas mujeres, a modo de periplo sentimental, por diferentes lugares y ciudades; el segundo, hace referencia a la vertiente ideológica del autor, o sea, sus contactos con la política, su militancia en organizaciones marxistas, principal causa de su estancia en prisión y su visión de las guerras y políticas gubernamentales de las que es testigo: el régimen naserista, la ascensión de Saddam Huséin en Iraq y la guerra civil libanesa. También hay que tener en cuenta las opiniones vertidas en torno al politeísmo islámico muy presente en la zona de Egipto, más si se tiene en cuenta que los coptos, o cristianos de Egipto tienen que convivir con árabes y nubios, siendo a veces difícil la convivencia entre éstos. En este sentido, hay que anotar la importancia de los tres primeros capítulos para el desarrollo de una biografía enmarcada en la contradicción. En ellos el autor –niño y adolescente- tiene como objetivo llegar a ser pastor como su padre y así consagrarse de mayor al servicio de Dios, pero empieza a dudar muy pronto de lo que es y lo que no es pecado en un ambiente en el que los propios instructores y maestros son la principal fuente de corrupción:

Los rezos se hicieron inaguantables y me las arreglé para escapar sin castigo. Y fui cómplice, muy satisfecho, de la corrupción de la hija del pastor Ibrahim. {...} La hija del pastor era como una yegua en celo.

Resulta paradójico que sea la hija del pastor quien dé clases de Urbanidad advirtiéndolo de los

daños que ocasiona la masturbación y que al mismo tiempo los chicos mayores de la residencia, entre ellos el propio autor, gocen con ella “al abrigo de la arboleda”.

Es este ambiente el que despierta al autor por un lado la duda y por el otro la curiosidad. Al final del capítulo, *Primer descubrimiento*, Raúf termina por expresar su odio hacia el que tenía que ser su espejo y modelo de vida, o sea su propio padre:

Y en aquel instante odié a mi padre. Yo quería que todo el mundo, pero sobre todo las chicas, me tratasen como al niño pequeño al que se deja entrar en la habitación cuando ellas están echadas en sus camas o se están cambiando de ropa.

Después de esta afirmación el autor irá creándose su propio modo de vida intentando huir de toda imposición, sobre todo religiosa. Su convicción de haber sido objeto de una gran injusticia por parte de la iglesia hará que encuentre en el periodismo y el marxismo sus únicos caminos posibles para cambiar “todo eso”, en definitiva para cambiar el mundo. Lo importante no es si consigue cambiar todo eso, sino que incluso estando cuatro años en la prisión, Raúf se mantiene hasta el final fiel a sus ideales y nunca abjurará de lo que tan comprometidamente defiende.

*El huevo del avestruz* es, en definitiva, una autobiografía arriesgada y poco convencional en los autores de este género, el encanto de la cual no reside en la confidencia que entraña el género propiamente dicho, sino en la forma con la que se cuenta esta confidencialidad. Finalmente, en cuanto a la recepción de la obra, tan sólo apelar a las palabras del autor, quien muestra explícitamente sus reticencias:

¿Quién va a querer leer todo esto? Para empezar, ¿quién va a comprarlo? ¿Y cuál será la reacción de mis hermanos y de mis amigos? Y todo eso. Y me entran verdaderas ganas de romper todo lo que he escrito. Pero me contengo.

Santi Bonet Camprubí